

La tierra de María Santísima.
Ming yi Chou

No se trata de un pregón de Semana Santa. Tampoco es una actitud crítica con respecto al fervor religioso de Andalucía. Es el título que Ming Yi Chou (Taiwán 1969) ha planteado para la nueva serie de obras realizadas en 2004. Se trata de un trabajo, principalmente pictórico, al que se le añade una serie de trabajos en grabado donde cobra importancia el proceso de seriación y la experimentación con la técnica (una combinación de aguafuertes, aguatinas y tinta china al azúcar, puntasecas y aguafuertes profundos con monotipo) en la que el artista lleva demostrando buen camino desde su llegada a Europa en 1997.

Las explicaciones que se desprenden de este título nos llevan a reflexionar en sus intenciones. Lo que el artista plantea es que cualquier análisis responde a dar una explicación del mundo circundante. Al igual que los artistas arrojan luces sobre su momento histórico, por muy incomprensibles que nos parezcan a nosotros, meros coetáneos, nos sirven de igual modo las creencias de tipo religioso o popular. No tanto por el grado de acercamiento a la verdad sino más bien en la manera de entender nuestra existencia y en la forma en la que van cobrando pátina de transcendencia y sufriendo lustrosas restauraciones desmitificadoras. Así que desde el principio quede clara esa intención del artista de hablar desde su interior del mundo que le rodea.

La humanidad lo organiza todo a su medida. Aunque en ningún lugar real exista un metro, ni un siglo con sus mitades y sus tercios, pensamos que el longevo siglo XX ha tocado a su fin y con él se acaba una etapa de la historia del hombre. la historia organiza los hechos humanos, los ordena y los intenta explicar siempre desde efectos pendulares y postulados evolucionistas. La Historia de las religiones también tiene su vasto currir que va desde el mundo politeístas y las personificaciones de los acontecimientos, pasando por la mitología hasta llegar al monoteísmo institucionalizado. Supongo que lo siguiente será que todo esto se convierta en leyenda, y arroje luces

sobre la mentalidad de nuestros días. A modo de leyenda utiliza Ming este título para

hacer referencia al ámbito geográfico y personal que circunda a este autor de raíz taiwanesa y declinación ecléctica y occidentalizada.

Podríamos entender a Ming como un antropólogo con grandes ambiciones en el trabajo de campo; un artista que al igual que los viajeros románticos o los postrománticos, llega al sur de Europa con ganas de descubrir y retratar con sus propios ojos lo que los cronistas anteriores y las creencias colectivas opinan de este rincón del mundo. Desde Irving hasta Wells, viajeros de todo Occidente descubren un mundo que es ajeno a ellos y destacan lo que encuentran de único, de extraño o de novedoso para el mundo Occidental. Ming filtra con su mirada lo que le causa sorpresa, lo que le resulta coincidente o disyuntivo con su poso cultural. En su obra este eclecticismo está cada vez más patente y se ve reforzado tanto en aspectos formales como en la elección de los temas más recurrentes.

Se condensa en su obra la naturaleza circundante, no importa que esté rodeada de gris asfalto, o que sean sombras. Se sintetizan, se simplifican y trazan un hilo de coherencia con sus serie anterior, titulada “naturalezas”. Y es que como el dice, en su obra “todo tiene que ver con la naturaleza”. Unas naturalezas desprendidas de un profundo sentido de la filosofía taoísta, que rezuma reflexión y respeto, admiración y misterio, belleza y orden. Esos elementos naturales se ven envueltos en intensos colores rojos trabajados de manera informal, pura síntesis oriente-occidente. Sobre estos fondos rojos, flotan, entre la levitación y la perspectiva, marañas de símbolos caligráficos procedentes de distintas culturas, desde la suya propia hasta la occidental, pasando por los arabescos. Se plasman en su obra las distintas culturas que el artista ha conocido y

que reconstruye a modo de catas estratigráficas; la islámica que conoce a través de los numerosos monumentos andalusíes; las occidentales que incorporan el valor de lo

abstracto como identidad verdadera del autor, plasmación del incremento del valor simbólico de los temas, fruto de una sociedad cada vez más compleja e intelectualizada; su cultura propia que a veces enriquece con temas de aves alusivas al prolijo mundo de leyendas que trajo consigo de su país, marcan la honesta plasmación de sentimientos y realidades importantes para él. En estas caligrafías denota Ming su personalidad, su trazo atrevido y contenido a la vez. No hay jerarquía en los elementos de la composición nada importa más que lo demás. El mismo valor o sentido pueden tener una sucesión de elementos vegetales, que un conjunto de letras del alfabeto chino, que un elaborado y rico fondo de materias texturas o una trama geométrica. Todo tiene el deber de contribuir de manera organizada armoniosa y personal a ser símbolo de nuestro tiempo y biografía de sus simbióticas experiencias culturales. No es de extrañar entonces que los arabescos sean un campo de reflexión, de diálogo e intercambio con las caligrafías chinas. También las grafías procedentes de nuestro alfabeto han tenido vasta presencia en sus series anteriores y se incorporan en sus obras pactando una conversación que es símbolo de esa pluralidad que también, según Ortega y Gasset es una de las características de Andalucía. Y es que entre Ming y Chou y Andalucía, hay algo más que coincidencias.

Julio Criado Moreno